

—¿Pero con qué nombre debo conoceros?

—Decidme simplemente Lázaro el pobre.

—Extraño nombre!

—Es, señora, una promesa religiosa.

Y cerrando todas las puertas, salieron los dos á la calle, procurando cubrirse perfectamente los rostros.

## VIII.

Donde se da razon de Don Leonel y de su padre.

**N**ECESARIAMENTE los descubrimientos hechos por el virey y el visitador, merced á la activa policía de Don Baltasar de Salmeron, en nada dulcificaron la suerte de Don Leonel y de su padre.

Encerrados en un cuarto de la cárcel, veian pasar los dias, Don Nuño renegando y desesperado, y melancólico y resignado Don Leonel.

El hijo suponía la causa de su prision, pero ni él ni su padre comprendian la detencion de este, y por eso es que Don Nuño estaba cada vez mas impaciente.

Solo uno de los carceleros se habia dolido de su situacion y les daba de cuando en cuando algunas noticias que podia adquirir, por supuesto vagas, incoherentes, que sumian mas en dudas y en conjeturas á los dos presos, á quienes no se habia tomado ni una declaracion.

Un dia Pablo, que así se llamaba, entró mas temprano que de costumbre y dijo á Leonel:

—Señor, he averiguado hoy muchas cosas de su señoría, en la Audiencia.

—Dime, dime.

—Pues fuí custodiando unos reos para que dieran una declaracion, y ví á dos caballeros que conversaban y mentaban á su señoría.

—Y bien.

—Que segun su decir, sus personas están presas porque se querian levantar con el reino.

Don Nuño se habia acercado y escuchaba con atencion.

—Y que además habia otros que les ayudaban, y entre ellos una dama, que dicen que tiene una hija muy bella, y que es viuda la madre, y solo vivia con su hija muy retiradas.

Leonel palideció; pensaba en Doña Juana de Carbajal y en Esperanza.

—Pues—continuó el hombre—la dama ha sido presa.

—¿Presa?—exclamó Leonel.

—Presa, y ha declarado que es de la descendencia del rey Guatimoc, y tiene una señal roja en la espalda, y dijo que su hija la tiene tambien, y que no quiso decir quién era el padre de esa muchacha; fueron á buscarla, y ya habia desaparecido.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Don Nuño.

—¡Perdida!—dijo espantado Leonel.

—¿Es acaso parienta de sus señorías?—preguntó Pablo.

—No—contestó Don Leonel.

El carcelero se retiró, y Don Nuño y su hijo permanecieron silenciosos un largo rato: por fin Leonel rompió el silencio.

—Padre mio—dijo—esa mujer que está presa no puede ser otra que Doña Juana de Carbajal, mi tia, y Esperanza la jóven que ha desaparecido.

—Leonel—contestó Don Nuño—¿amas tú á tu prima Doña Esperanza?

—Señor.....

—Contéstame, hijo mio, y no temas, porque este es para nosotros un momento mas solemne de lo que te parece.

—Señor, la amo hace muchos años, la amo mas que á mi vida misma.

—¿Y ella te ama?—preguntó conmovido Don Nuño.

—He sido para ella el primero y único amor.

—Desgraciados....desgraciados—exclamó Don Nuño cubriéndose el rostro con las manos.

—Me espantais, padre mio. ¿Qué hay? ¿qué sucede? ¿por qué nos llamis desgraciados?

—Leonel, ¿sabes quién es el padre de Doña Esperanza? ¿conoces la historia de Doña Juana?

—No, padre mio: la víspera de que nos aprehendieran, Doña Juana me dió un libro en el que constaba la historia de su familia, pero no pude leer sino el principio, y por eso conozco que la mancha roja de la espalda es la señal de esa familia.

—Pues óyeme, Leonel, óyeme, y no me preguntes mas que lo que yo quiera contarte: Doña Esperanza debe tener cosa de veinte años, ¿es verdad?

—Sí señor.

—No te ha dicho nunca quién fué su padre?

—No señor.

—¿Doña Juana es sola en el mundo?

—Sí señor.

—¿La hija y la madre tienen en su espalda una mancha roja?

—En figura de llama.

—Pues bien hijo mio, olvida á esa jóven, no pienses mas en ella porque su amor es un crimen, porque Esperanza no puede ser tu esposa nunca.

—¿Qué me dices, padre mio?

—Que Esperanza es tu hermana, es mi hija.

Don Leonel lanzó un grito, y se apoyó desvanecido en una de las paredes del cuarto que le servia de prision.

Don Nuño inclinó el rostro como avergonzado de la confesion que acababa de hacer á su hijo.

El anciano ignoraba que Doña Juana y su hija eran distintas de Doña Catalina de Armijo y de la suya.

Doña Catalina habia tenido relaciones con Don Nuño, el resultado de ellas fué la niña que ya jóven debió ser la esposa de Mejía, y como ambas tenian la marca de la familia Carbajal, Don Nuño se habia engañado completamente.

Garatuza llegó á México, y su primera visita fué á la casa de Teodoro.

Martin, que habia mandado á su familia, se encontró ya en la ciudad con un hogar doméstico, con la muda y con su hijita, que tenia por nombre Loreto.

Al dia siguiente de su llegada se presentó en la casa del negro, y por él supo todos los acontecimientos de la ciudad y el gran escándalo de la casa de Mejía.

—Por supuesto—dijo Martin—que todo esto ha sido obra de Don César.

—Es claro.

—¿Y qué piensa ahora?

—Lo ignoro; però lo mas curioso del caso es que desbaratada la boda y media hora despues, Don César ha tenido suficiente talento para obligar á la novia á que le siguiese.

—¿Y adónde se la llevó?

—Ya os lo podeis suponer, aquí en mi casa.

—¿Aquí la teneis?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Doña Catalina de Armijo.

—¿Aguardo! decidme, por ventura ¿no tiene una mancha roja en la espalda?

—Exactamente. Sérvia que la vió, me lo ha dicho: ¿pero vos cómo sabeis esto?

—Es un secreto que os diré mas adelante.

—¿Y no tiene familia?

—La misma noche de la boda le han aprehendido sin saber por qué, y en esto no tuvo parte Don César.

—Es extraño.

—Y la madre ¿se llama?

—Como la hija, Doña Catalina de Armijo.

—Ella es.

—¿Quién?

—Yo os lo diré mas adelante. ¿Y sabeis por fortuna de Don Nuño y Don Leonel de Salazar?

—Presos.

—Bien.

Garatuza permaneció toda la tarde en la casa de Teodoro, y á la oracion emprendió camino para la calle de las Canoas.

Al atravesar la Alameda le pareció que iba delante de él una persona conocida; apretó el paso, y se detuvo de repente.

Habia reconocido á D. Baltasar de Salmeron.

—¡Válgame Dios!—exclamó Martin—¿con que no murió esta víbora? Ya, ya caerá: y ahora que tengo el hilo de todo esto, el tuno de Don Baltasar es abuelo de la hija de Don Nuño, que es la nueva mujer de Don Pedro de Mejía,

el cual se ha casado con su sobrina y es padre de Doña Esperanza, la novia, á lo que parece, de Don Leonel, que es hermano de Catalina de Armijo, que está escondida en casa de Teodoro y que..... ave María Purísima, que enredo! Dios nos saque con bien y no vayan aquí á casarse padres con hijas y hermanos con hermanas..... y luego que como yo tengo el secreto de todo, quizá sea yo responsable en conciencia..... No, no..... que salga Don Leonel y canto claro.....

Martin se apretó el sombrero, y á paso largo llegó á la casa «colorada» y llamó con dos fuertes aldabazos.

## IX.

De cómo la marca de fuego de la familia Carbajal era un indicio seguro del fin que esperaba á los que la tenían.

LA puerta de la «casa colorada» se abrió, y el viejo Luis Herrera se presentó como siempre, regañando en voz sorda.

—¿Vive aún aquí el Padre Salazar?—preguntó Martin.

El viejo, que al pronto no le había reconocido, vaciló en contestar.

—No tengais desconfianza de mí—dijo Garatuzza;—yo soy el que otras veces ha venido; recordadlo bien: ¡Tenox-titlan!

—Libre—contestó el viejo.

Y las nubes de su rostro desaparecieron como por un soplo.

—¿Me reconoceis al fin?—exclamó Martin.

—¡Oh, sí! ya os reconozco: pasad, pasad; el Padre Alonso está ya fastidiado de su soledad, y tendrá mucho gusto de veros.

El viejo volvió á cerrar la puerta por dentro, sacó un candil de su cuarto, y levantándolo hasta la altura de su cabeza, alumbró á Martin para que pudiese con comodidad entrar hasta el segundo patio, en donde tenia su cámara Don Alonso de Salazar.

El Padre leía á la luz de una bujía de cera, pero el fastidio se retrataba en su semblante y se adivinaba en sus movimientos y en la poca atención que ponía al libro, que mas bien tenía delante como un pretexto que como una verdadera ocupación.

Al ruido de la puerta que abrió Martín, el Padre Salazar volvió el rostro y le reconoció inmediatamente.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el Padre.

—Eso digo yo—contestó Martín—que con bien he salido, como no esperaba.

—Cuéntame, ¿viste al príncipe?

—Le ví.

—¿Y qué dijo?

—Parecióme indignado al principio de que no se le hubiese cumplido; pero tales razones le dí, que calló, y al día siguiente había levantado las anclas, y bogaba para el mar adentro que era un gusto mirarle.

—¡Es una lástima haber perdido tanto tiempo y tan brillante oportunidad!

—¡Es una lástima! ¿Y vuestro hermano, señor, no se ha podido comunicar con vos desde la prisión?

—Nada; me has hecho una falta tan grande, que ni tú mismo puedes comprender.

En este momento una densa nube de humo invadió el aposento. Martín se levantó espantado y abrió la puerta; la luz rojiza de un cercano incendio iluminaba el patio de la casa.

—¡Fuego en la casa!—gritó Martín.

—¿Fuego?—repitió el Padre levantándose precipitadamente.

Los dos salieron del cuarto, y un espectáculo terrible se presentó á sus ojos.

La casa de Doña Juana de Carbajal ardía; las llamas invadían todos los techos, salían por las ventanas, se levantaban formando penachos elevados, ó se arrastraban al impulso del viento lamiendo las paredes de la casa.

El humo negro y espeso se elevaba como una columna iluminada por el incendio, y cegaba, sofocaba.

—¡Dios mío!—exclamó el Padre—¿qué será de Doña Juana, de Esperanza? Quizá aun sea tiempo de salvarlas.

Y diciendo esto bajó precipitadamente, atravesó el segundo patio y se dirigió á la escalera principal.

En este instante se comenzó á escuchar el tañido de las campanas de algunos templos que anunciaban «fuego,» y golpes en el zaguán de los que pretendían entrar para sofocarlo.

El viejo Luis Herrera había perdido la cabeza, y no encontraba ni las llaves. Desde una de las ventanas de la casa, la vieja dueña y la esclava gritaban con todas sus fuerzas:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡Socorro! ¡socorro!

Diremos lo que había pasado en el interior y la causa de aquella desgracia.

Doña Esperanza era presa de una mortal melancolía desde que supo la prisión de Don Leonel.

Doña Juana procuraba consolar á su hija aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir; pero en realidad estaba verdaderamente triste y acongojada.

Sabia que existía una conspiración, y temía que una imprudencia ó alguna denuncia hubieran hecho llegar á la noticia del virey aquellos planes, y la prisión de Leonel y la persecución del Padre Salazar le hacían creer fundadamente que la policía del virey iba ya sobre la pista.

Qué datos tuviera la justicia, no lo alcanzaba ella; pero

lo que sí era indudable, era que conocía ya á los dos hermanos reputados como los principales jefes de todos los conjurados.

Doña Juana no podía ni dormir; se pasaba las noches meditando, y figurándose á cada momento que recibía la noticia de la ejecucion de Don Leonel.

El anciano Don Felipe de Carbajal envejecia un año en cada hora, y su espíritu y su cuerpo decaian con una rapidez asombrosa, por lo que Doña Juana tenia necesidad de multiplicar con él sus cuidados.

En la noche en que Martin llegó á ver al Padre Salazar, Doña Juana habia entrado al aposento del anciano y Esperanza habia quedado en su cámara meditando y llorando.

El viejo Don Felipe estaba sentado en su sillón; Doña Juana llegó hasta donde él estaba.

—Padre mio—le dijo—¿quereis acostaros?

—Sí, hija mia; estoy cansado, triste; pero creo que pronto descansaré para siempre!

—No digais eso, señor.

—Juana, si tú supieras el inmenso peso de la vida cuando es muy larga, cuando como el árbol seco, se han visto ya marchitarse en cien inviernos cien veces las flores que nos rodeaban; si comprendieras que entonces se anhela el sepulcro como el blando lecho despues del largo y fatigoso viaje! Oyeme, Juana; el cuerpo que envejece, cuando el espíritu es cada dia mas inteligente y mas puro, no es sino el capullo que encierra al gusano que debe pronto romper sus cadenas y abandonar su cárcel incómoda para cruzar el aire convertido en mariposa; y entonces la idea de la muerte es la idea de la trasformacion, de la nueva vida, de la pura existencia del espíritu: vamos, dame la mano, hija mia, pa-

ra levantarme de este sillón y pasar á mi cama, que es mi sepulcro en vida.

Doña Juana se acercó á su padre, y el anciano, vacilante, se apoyó en ella; pero bien por su extrema debilidad, ó bien porque hubiera tropezado, perdió el equilibrio y Doña Juana tuvo que sostenerle; pero este movimiento hizo caer la bujía de cera que ardia sobre la mesa, y las colgaduras de la cama, formadas de finas telas de algodón, se incendiaron, y con una rapidez asombrosa comunicaron el fuego á las ropas que cubrian la cama y á la gran bata de algodón en que estaba envuelto Don Felipe.

Doña Juana lanzó un grito y quiso sofocar el fuego que abrasaba al anciano, pero no consiguió sino hacer que se le comunicara á su traje.

Entonces quiso levantar á su padre y huir con él, pero era imposible ya; las llamas lo invadian todo, el humo la cegaba y no podía dar un paso.

Comenzó á gritar, pero nadie podía escucharla, y cayó sin sentido, repitiendo maquinalmente:

—¡La marca del fuego! ¡la marca del fuego!

Doña Esperanza comenzó á percibir, primero el olor de las telas que ardan y luego el humo.

Levantóse espantada: el humo venia de la habitacion de Doña Juana.

—¡Mi madre!—exclamó, y corrió hácia la puerta de su aposento.

El humo era allí mas denso: abrió, y con la corriente de aire se avivó el fuego, que se habia apoderado ya de aquellas cámaras, y las llamas se alzaron terribles y amenazadoras: retrocedió Esperanza horrorizada, pero el fuego la seguia saliendo por aquella puerta; ella se refugió en un ángulo, y las colgaduras y los tapices comenzaron á arder.

La puerta estaba interceptada: Esperanza perdía el aliento, y pidió socorro con voz apagada; ¿pero quién podía dárselo? no había allí mas que la dueña y la esclava; pensó en esto y se resignó á morir.

De repente un hombre atravesó entre las llamas, se llegó á ella y la levantó entre sus brazos.

Esperanza ya no sintió mas; se habia desmayado en los momentos mismos en que Martin, con un arrojo increíble, habia penetrado hasta donde ella estaba y la salvaba de una muerte segura.

Cuando Garatuza salió de las llamas conduciendo á Esperanza, la casa estaba invadida por una multitud de personas que acudian llamadas por el lúgubre clamoreo de las campanas.

Martin no pudo ya encontrar á Don Alonso de Salazar: no habia en la casa lugar seguro para depositar á Esperanza, y pensó que lo mas prudente seria sacarla á la calle y esperar noticias de Doña Juana.

Así lo hizo, y en la acera de enfrente se detuvo con su carga; la jóven apenas respiraba, y el humo que nublabá la atmósfera no era lo mas á propósito para hacerla volver en sí.

Martin pensó en llevarla á su casa y volver á buscar al padre y á Doña Juana, y se puso en marcha.

La «casa colorada» no era ya mas que una inmensa hoguera que alumbraba las calles mas lejanas.

Martin llevando en peso á Doña Esperanza llegó hasta su casa.

La muda su mujer, acostumbrada ya á todas aquellas escenas, le recibió alumbrándole y conduciendo de la mano á la hijita de Martin, que era ya una niña como un serafín.

Doña Esperanza fué colocada en un sitial; Martin hizo se-

ñas á María de que la asistiese, y volvió á salir para volver á la «casa colorada.»

Una inmensa multitud invadía la calle de las Canoas; el incendio habia consumido ya la «casa colorada» y amenazaba á las que estaban inmediatas.

Entre la muchedumbre penetró Martin á fuerza de puños, y llegó hasta muy cerca del lugar de la catástrofe.

Aquello era horrible: muebles hechos pedazos, restos de vajillas de porcelana, ropa, todo se habia hacinado en la calle, pero en desórden, y todo estaba roto, y todo tenia algo que mostraba las huellas del fuego.

En cuanto á las personas que habitaban la casa, no se sabia sino del viejo portero, de la dueña y de la esclava.

Martin tenia seguridad de que Esperanza se habia salvado: Don Felipe y Doña Juana de Carbajal habian perecido entre las llamas.

Las predicciones de los hechiceros se habian cumplido.